

HENNING MANKELL
DAISY SISTERS

Traducción del sueco de Francisca Jiménez Pozuelo

TUSQUETS
EDITORES

Índice

Prólogo	9
1941	11
1956	85
1960	201
1972	343
1981	451

Prólogo

Sin más rodeos: ¡Aquí está! Eivor Maria Skoglund, treinta y ocho años, trabaja como operaria de puente grúa desde hace tres, desde octubre de 1977, para ser más exactos.

La encontramos en el preciso momento en que sale tras concluir su turno de trabajo. Está de pie ante la puerta oeste de Domnarvet, en Borlänge, temblando en el frío atardecer de noviembre. Despacio, casi con desgana, se inclina para soltar la cadena que rodea la rueda delantera de su vieja y destartalada bicicleta. Parece que el cielo otoñal fuera un reflejo de su muda amargura porque esta tarde le ha venido la condenada menstruación, porque este mes tampoco se ha quedado embarazada a pesar de tomarse la temperatura para controlar la ovulación, de las almohadas bajo el trasero y, sobre todo, de llevar una vida sexual terca e insistente. Esto va a tratar de ella, de ella y de nadie más.

De Eivor Maria Skoglund, en la mitad de su vida, que ella sólo percibe como sufrimiento.

Pero, como es natural, al fondo hay también un hombre, el tercero para ser más exactos, el vigilante nocturno Peo, que en este momento se encuentra en la casa que comparten tumbado en el sofá marrón oscuro, de imitación de piel, como un boxeador noqueado, intentando, resignado, dormir. Necesita de su descanso y de sus sueños para aguantar durante las interminables noches que pasa en almacenes abandonados y oficinas públicas. Reposo acurrucado, con las manos sudorosas enlazadas en la entrepierna, intentando, sin conseguirlo, no pensar. Todos los intentos son en vano, sigue despierto hora tras hora, hasta que llega Eivor a casa.

Al fondo también está el resultado de un matrimonio anterior. Los hijos de ella, felices, engañados, amargados, adolescentes, todos desorientados. Pero por el momento ocupan un segundo plano, como debe ser para que el relato no se descontrolé.

Pues bien, existen muchos puntos de partida imaginables para esta historia sobre Eivor.

Pero entre ellos destaca uno en especial.

Elna, la madre de ella, la de pelo oscuro.

Sin avisar, sólo con una especie de asombro que le surge de repente, podía exclamar mientras cenaban en el triste y ruidoso bloque de apartamentos en Hallsberg:

–Si no hubiera sido tan imbécil y no hubiera ido en bicicleta hasta la frontera con Noruega de Dalarna, no me habría tropezado con tu padre, ni tampoco existirías tú, pequeña. *¡No lo olvides! ¡No lo olvides nunca!*

Transcurre el año 1952 o 1953, Eivor no lo recuerda muy bien. ¿Pero es tal vez su madre una mala persona? ¿Es insensible o simplemente tonta? ¡En absoluto, todo lo contrario! Elna, la madre de Eivor, posee una mente lúcida, es sincera y además comulga con una religión especial: la honestidad. Y la hija se le parece, no sólo en el aspecto físico, todos lo dicen. Es cierto que no blasfema tanto ni de forma tan grosera como la madre, pero cada dos por tres desearía hacerlo.

¿Y Hallsberg?

Sí, ya lo sé, es demasiado pronto. La historia acaba de empezar.

Así que subimos por los valles del río hacia la sierra noruega, retrocediendo en el tiempo hasta el año 1941.

1941. El tercer año de guerra, un verano interminable, seco y caluroso sucede en todo el país al infernal invierno.

Y entonces llegan ellas en bicicleta. Vivi y Elna, en un país que por ahora se encuentra fuera de la guerra. Se llaman a sí mismas Daisy Sisters, siguiendo el modelo americano. Dos muchachas a las que les gusta cantar deben tener un nombre, aunque el repertorio lo compongan canciones escolares suecas o absurdas melodías de moda. Primero pensaron en llamarse Ziegler Sisters por Lulu, y cuando salió en la conversación Rosita, consideraron si Serrano Sisters sonaría mejor. A Elna le gustaba más, pero no insistió. Cedió cuando apenas habían salido de Älvdalen, donde se apearon del tren. Vivi era una persona obstinada.

Es verano, de eso no cabe duda, y Elna va a ser violada, o casi violada.

Casi violada, según aclara ella. Porque, por mucho que duela, se obliga a ser sincera hasta el límite de su propia humillación. ¿Pataleó, mordió y se retorció todo lo que pudo? ¿Realmente no había nada a mano cerca de allí, una piedra, lo que fuera, que le sirviera de arma mientras él resoplaba y lo hacía? ¿Algo con lo que poder golpearlo y quitárselo de encima? Además, en realidad no tuvo miedo mientras estaba tumbada debajo de él. ¿Cómo iba a tenerlo? ¡Él no era más que un recluta pálido y con espinillas que estaba tan asustado como ella!

Dos bicicletas grises de mujer, marca Monarch, y el mundo preparado para ser conquistado. En el portaequipajes llevan exactamente lo mismo. Primero una pequeña maleta, encima el saco de dormir y luego el chubasquero como envoltura, atado con una cuerda. Es todo, no se necesita más. Lo único que las diferencia es que Vivi lleva a un lado una pequeña alforja gris que se balancea sobre la rueda trasera.

Pero tienen la misma edad, y ambas son del signo Acuario. Nacidas en 1924, el 22 de enero y el 2 de febrero, cada una por su lado. Porque sólo son hermanas en el nombre Daisy, pero no entre sí. Vivi reside en Landskrona, Elna en Sandviken. Un día, cuando Elna cursaba el último año de la escuela, llegó la maestra con un sobre gris en la mano preguntando si había alguien que quisiera tener una amiga con la que mantener correspondencia. Elna dijo que sí sin saber por qué. Hasta entonces apenas había escrito una carta completa en su vida. Y en aquella ocasión estuvo a punto de que no sucediera tampoco, porque cuando se adelantó hasta el estrado y se inclinó para recoger la carta, la profesora aprovechó para decirle que esperaba que su caligrafía superara el nivel del garabato. Entonces Elna a punto estuvo de tirar la carta delante de la vieja y de escupir. Pero sus calificaciones ya iban a ser bastante malas, por lo que se esforzó en contenerse.

Lee la carta en casa, en la cocina, desde donde se ve alzarse el edificio de la fábrica al otro lado de la ventana. Dagmar, su madre, que está preparando la comida, le pregunta. Pero ella no contesta, sabe que tiene que leerla ahora, deprisa y detalladamente, antes de que su padre y sus dos hermanos mayores regresen de la fábrica, porque si la carta estuviera tirada por ahí habría un interrogatorio inacabable.

–Tú nunca recibes cartas –dice la madre.

Le parece un comentario tonto, así que no contesta y sigue leyendo. Una y otra vez lee esa carta tan asombrosa.

«Me llamo Vivi Karlsson. Dejé caer un alfiler en el mapa de Suecia. Primero la cabeza fue a parar en el mar, en alguna parte de Kvarken. Pero allí no vive nadie, ¿verdad? Lo dejé caer de nuevo, entonces la cabeza aterrizó encima de Skillingaryd, pero me sonaba muy aburrido. La tercera vez le tocó a Sandviken, de la que sé, al menos, que tiene un equipo de fútbol. Han jugado aquí contra BOIS y no acabó del todo bien. Mi padre trabaja en el astillero, es grandote, y era luchador antes de tener problemas con el vientre, se llaman hemorroides. Mi madre está en casa. Vivimos en una habitación con cocina, tengo dos hermanos, Per-Erik y Martin. Martin se ha hecho a la mar como grumete y Per-Erik va a ser albañil. Somos comunistas, al menos mi padre lo es. Si tú, a quien no conozco, tienes ganas de escribirme, mi dirección es...»

Vuelve a leer la carta, trata de imaginarse a Vivi Karlsson. Pero la madre empieza a trajinar con platos y fuentes, se oyen fuertes golpes en la escalera y ella guarda la carta de inmediato.

¡No consigue estar en paz!

Las patatas están a medio pelar. Acaba de llegar hasta su nariz el olor a sudor de los calcetines del padre y de los hermanos cuando la madre empieza a cotillear.

–Elna ha venido hoy de la escuela con una carta.

Rune, el padre, agita el tenedor en el aire.

–¿Qué demonios has hecho ahora? –gruñe irritado.

Elna prefiere no contestar.

Su hermano Nils tiene sólo dieciséis años, la cara llena de granos y, casi siempre, una sombra amarilla debajo de la nariz. Se pelean a menudo, pero aun así a ella le gusta, quizá sea precisamente porque se entromete, se preocupa por ella, aunque la mayoría de las veces le hace rabiar.

–Tiene novio, está claro –dice mientras engulle enrojecido la comida.

Y así continúa la comida. Una carta que nadie ha visto se convierte en un tema de conversación repetitivo, mientras arenques y patatas desaparecen de la fuente.

Pero Elna está enfadada, la carta le pertenece y no dice nada.

Después de la cena, Arne, el hermano mayor, baja al sótano a lavarse. Es miércoles y va a ir en tren a Gävle para bailar en la Casa del Pueblo. Tiene veinte años, está en esa edad en la que se puede con todo, un trabajo pesado y noches de vigilia ininterrumpida.

Nils eructa, se tumba en el sofá de la cocina y se niega a quitarse los calcetines que apestan. El padre se echa sobre la cama de la habitación y se duerme enseguida. Elna y su madre friegan los platos, luego todos tomarán café.

Como nadie menciona la carta cuando están alrededor de la mesa de la cocina tomando café, ella aprovecha para hacer una pregunta sobre algo que no ha entendido. Deja que la pregunta pase inadvertida, como si se tratara de algo de la escuela.

–Padre –dice–, ¿qué son las hemorroides?

Él la mira boquiabierto, con la taza a mitad de camino hacia la boca. Pero, a diferencia del resto de adultos que ella conoce, él va directo al tema.

–Están en el culo –aclara con objetividad–. Salen si se cagan piedras durante un par de años.

–Ahora no, estamos tomando café –dice la madre. Nisse sonríe burlón, siente curiosidad y avidez por todo lo relacionado con los misterios del cuerpo.

–¿Cómo que están? –dice Elna.

El padre deja la taza de café y se pellizca la nariz.

–¿Sabes quién es Einar? El que vive en el piso de arriba de la panadería, el que trabaja conmigo. Él las tiene. Dice que parece como si le crecieran uvas en el culo y que desearía dejar de comer sólo por la satisfacción de no tener que cagar, de tanto como le duelen.

–¿Tenéis que seguir hablando de esas cochinas? –pregunta la madre levantándose de la mesa.

–Si la muchacha pregunta debe recibir una respuesta –contesta el padre con decisión–. Además, a las mujeres les salen si tienen que hacer mucha fuerza para que nazcan los niños.

Entonces, la madre entra en la habitación y cierra la puerta de un portazo. Pero nadie se preocupa por ello.

–O sea, una enfermedad –dice Elna.

El padre asiente y alarga la taza pidiendo más café.

–¿No pueden tener eso también los maricones? –pregunta Nisse de repente, ruborizándose con todos sus granos.

–Cierra ahora mismo la boca –contesta el padre tajantemente. Él también pone sus límites, y de los maricones no se habla.

Elna tiene cierta idea de lo que son. Las conversaciones durante los recreos en la escuela le han proporcionado al menos tanta formación de utilidad pública como las largas y oscuras horas del aula.

Los maricones lo hacen entre sí.

Y habría que pegarles un tiro, como a todos esos malditos nazis, cabrones hitlerianos, comunistas... Vivi Karlsson cuenta que su padre es comunista, tal vez lo sea toda la familia, esto último no se deduce de la carta. Elna mira a su padre cuando éste se introduce rapé bajo el labio superior, donde pronto no le va a quedar ningún diente sano. Lo observa. Él es socialdemócrata, la madre también, igual que Arne. Lo que es Nisse nadie lo sabe, pero en ningún caso comunista. Nunca se hubiera tolerado. Rune, el padre, es un adversario que no razona. Por lo tanto, el padre de Vivi no puede tener su aspecto ni comportarse como él.

–Pueden meterse la revolución en el culo –dice–. Para nosotros va más despacio, pero así se cortarían bien todas y cada una de las briznas de hierba.

Suele hablar así. Aunque en realidad en casa nunca hablan mucho de política. Si es que no se consideran políticas las continuas conversaciones sobre los malos tiempos, el miedo constante al despido, las limitaciones, reducciones de salario; en pocas palabras, el pan de cada día. Sólo cuando el padre ha bebido en exceso, todos los que se encuentran a su alrededor se transforman en una especie de fantasmas que para él son sólo enervantes hombres de derechas que conviven con achacosas amas de casa. Entonces puede enfurecerse tanto en su ardor profético que llega a perder su sensatez habitual, su pálida característica cotidiana, y sube la contraventana de la cocina y lanza una cacerola que resuena como un enorme mazazo al caer al patio, y luego mantiene un furibundo discurso hasta entrada la noche. Si la madre intenta cerrar la ventana, se arriesga a recibir inmediatamente una bofetada, así que se mete en la habitación y cierra la puerta. Es su única y eterna protesta, cerrar la puerta de un portazo y hacerse invisible. No conoce otro modo de expresar su enfado, nunca lo ha aprendido.

Pero Rune no se emborracha con frecuencia, ni siquiera con regularidad durante las fiestas. Se ocupa de su trabajo en la fábrica, acude obediente a las reuniones del sindicato y de la comunidad de trabajadores, se sienta siempre al fondo, donde el aire es mejor, según afirma él, y nunca se ha pronunciado, nunca ha pedido la palabra. (Sí, puede que lo hiciera en un brumoso pasado, cuando formaba parte de las juventudes socialistas, pero de eso hace ya tanto tiempo...)

Ahora tiene cuarenta y dos años y empieza a hacerse viejo. Los constantes cambios entre el calor abrasador y el frío cortante le han provocado reumatismo y angina de pecho. Tiene que levantarse cada noche a patalear y mover las piernas para obligar a la sangre a que siga circulando. Pero aún no le ha afectado al humor, no hay que hacer mucho para que se ría. Una historia impúdica o unos cotilleos acerca de un capataz son más que suficientes para provocarle la sonrisa. Y no le importa que le falten dientes en la mandíbula superior. Cuando uno va haciéndose mayor...

Elna se parece a su padre, tiene el mismo pelo oscuro que apunta hacia todos lados, ojos azul claro y una boca que se tuerce hacia la izquierda cuando sonrío. Su rostro refleja mucha vehemencia. Puede que no sea muy guapa, pero posee una gran vivacidad.

Se pregunta cómo reaccionaría su padre si le dijera que se ha buscado a una comunista para mantener correspondencia.

¿Y en qué parte del mundo estará Landskrona? No puede sentarse a contestar la carta hasta que lo sepa.

Por la tarde baja corriendo las escaleras hasta la casa de Ester y su familia. Tienen algún parentesco aunque ella no sabe cuál. Pero Ester tiene un mapa encima del banco de la cocina y busca en él con gran esfuerzo la ciudad llamada Landskrona. Escania, ¿qué es eso? Una provincia, pero ¿qué más? Elna fija la mirada en el mapa intentando ver algo más, personas moviéndose entre los nombres, apenas legibles, de los sitios, las líneas férreas, las carreteras, los castillos.

«Nils Holgerson se montó en un ganso / que vociferó y gritó / y en una gaviota se cagó», recita mentalmente. Así que ella vive allí abajo...

Elna y Nisse duermen en la cocina. En realidad Arne también, pero pasa poco por casa, y siempre que puede se escapa de la estrecha cocina. Él quiere que crean que diversas mujeres lo invitan amablemente a sus camas, pero Elna sabe que a menudo se hace un ovillo sobre el frío suelo en la habitación de algún compañero que vive en las viviendas para solteros de la fábrica. Si tuviera tantas mujeres como dice, ¿por qué iba a andarse entonces con ese trajín bajo la manta, las pocas veces que duerme en la cocina y cree que es el único que está despierto? Elna le ha oído e intenta no escuchar el jadeo...

Cuando Nisse empieza a respirar de forma dura y regular, Elna se levanta en silencio del sofá de la cocina, enciende una vela y se sienta junto a la mesa abatible para contestar a Vivi. La llama de la vela va y viene debido a la corriente de aire de la habitación, Elna piensa que es como si la luz quisiera alejarse, huir de la oscura cocina. Sube las piernas y las flexiona debajo del cuerpo sentada en la silla, los tabloncillos del suelo están fríos. Así, arranca con cuidado una hoja de su cuaderno azul, y afila su lápiz con la uña del pulgar.

Pero ¿qué va a escribir?

Saca la carta y la lee una vez más. La letra se expande y refleja impaciencia, no recuerda en nada las redondas y fluidas letras que Elna ha tenido que repetir una y otra vez. Eso también, que las letras tengan una vida propia y anárquica cree que transmite algo de la desconocida Vivi.

Al final empieza a copiar la carta, la única diferencia es que ella habla de sí misma, y que las letras, en contra de su voluntad, salen redondas como cochinitos bien alimentados...

Desde ese día intercambian cartas. No sólo se confían palabras y pensamientos cada vez más confidenciales, sino que también se mandan cromos, flores secas, postales, recortes de periódico. Pero pasan los años sin fotografiarse. Se describen a sí mismas con palabras y frases, pero nunca se hacen fotos y las envían. ¿Por qué? Ambas se hacen la misma pregunta...

Poco después de empezar a cartearse terminan la escuela. Vivi escribe que ha empezado a trabajar como camarera de habitaciones en el Stadshotellet de Landskrona la misma tarde en que acabó el curso. Tiene que apresurarse al salir de la iglesia para no llegar tarde. Su paso de la escuela a la vida laboral dura poco más de diez minutos. Elna lo tiene algo mejor, a los dos días de finalizar la escuela está haciendo reverencias ante la puerta del chalet donde vive Ask, el ingeniero de la fábrica. Trabaja allí como criada. Y no transcurren muchas semanas antes de que las cartas de ellas cambien de carácter. Reemplazan las flores secas por un intercambio de sueños de futuro cada vez más intenso y empiezan a planear un encuentro en serio.

Pero en 1939 llega la guerra, el maldito Hitler, al que deberían haber fusilado hace más de cinco años (o al menos haberlo capado), grita en la radio de tal modo que a Elna casi le produce miedo en la oscuridad. Y en los momentos de agitación nadie se atreve a dejar el trabajo y, menos aún, a viajar hasta donde se encuentra una amiga con la que te carteeas. Ni pensarlo. Además está bastante bien con el ingeniero Ask, a pesar de que el sueldo es pésimo y que casi nunca le dan permiso.

«Tenemos que esperar», se escriben una a la otra. La guerra no puede ser eterna, la libertad y el respiro tienen que llegar antes o después. La guerra no puede durar toda la vida, igual que no se puede ser toda la vida camarera de habitación de hotel o criada en casa de un ingeniero. Los días son demasiado cortos y escasos para ello...

«Nos veremos pronto», escriben. «Por el momento continuaremos intercambiándonos sueños.»

Pero de repente se produce un cambio. Las tropas de Hitler parecen invencibles y las cartas de Vivi se vuelven distintas, más cortas, casi evasivas. Es algo relacionado con su padre.

«En este momento no resulta fácil ser comunista», escribe por fin, directamente. Y Elna se lo imagina. Ya ha visto y oído bastante, incluso en casa de la familia Ask, donde la señora de la casa siente una admiración grande y abierta por Hitler y el denominado *Nuevo Orden*.

Por el contrario, el ingeniero, de baja estatura, grueso y siempre preocupado, se mantiene escéptico y vacilante, a pesar de que la guerra sólo ha favorecido la producción de acero de la fábrica.

Elna le oye murmurar «muchachos raros, muchachos peligrosos», cuando va a servirle el café de la noche en el salón de fumar, donde suenan como crujidos las últimas noticias del ejército de ese Atila alemán contra un entorno que carece de voluntad.

Excepto Suecia, que por ahora se mantiene neutral y todavía no es objetivo de los cañones.

Un día, Elna presencia el momento en el que sacan un busto de escayola de Hitler envuelto en papel de seda y lo colocan en el ala negra del salón que tiene vistas a toda la zona de la fábrica. Detrás de la puerta oye que el hombre pregunta a su mujer si es realmente necesario, al fin y al cabo el pueblo es pequeño, y las criadas tienen oídos y ojos también...

Pero la esposa bufa como un gato escaldado y el ingeniero Ask deja de refunfuñar inmediatamente y Elna continúa colocando el *Dagens Eko*, publicado por la dudosa comunidad Manhem, junto al té vespertino de la señora.

La guerra está lejos y muy cerca a la vez. Pero en casa el padre lo tiene todo claro, como es natural. ¿No ha hecho un pacto esa maldita carroña con el gorila del Kremlin? ¿Qué significa eso? Stalin y Hitler, el padre Pequeño y el padre Grande, subiéndose cada uno a las barbas del otro. ¡Y los comunistas los apoyan llamándolo estrategia! ¡Eso es alta traición a la patria! ¡Que me muera si no es lo que digo!

Elna intenta verlo todo de un modo práctico.

Hay una mujer mayor de apellido Ekblom al cuidado de la lechería que se encuentra al bajar la cuesta de la estación. Cojea y lleva una bota negra con una suela de diez centímetros de grosor, tiene el pelo blanco y es amable, no se niega nunca a vender a crédito. Y es comunista, lo reconoce abiertamente.

¿Es traidora a la patria?

Elna trata de escuchar y preguntar, pero las respuestas son demasiado elevadas para ella. Un hombre, llamado Hess, que vuela hacia Escocia e inmediatamente, en opinión de la señora Ask, es un espía loco; y en boca del padre un «desertor sorprendente y sensato para ser alemán». Himmler, Múnich, la Reichskanzlei, el Obersturmbannführer, Messerschmitt, nunca algo coherente. Y la madre, que aprieta nerviosa sus cupones de racionamiento y teje calcetines de lana de

modo impulsivo, en silencio, con furia, como si el día del juicio final estuviera anunciado ya en la puerta.

¿Y ella qué hace?

Pues sí, al final escribe a su amiga Vivi y le cuenta las cosas exactamente como son, que está confusa. Una carta larga.

¿Las circunstancias, los motivos?

¿Puede explicárselo Vivi? ¿Lo entiende?

Intercambian cartas, tratan de interpretar recíprocamente sus pensamientos, adquirir la claridad y la visión de conjunto que, por desgracia, parecen ser tan necesarias para poder vivir, esclarecer lo complicado de la vida.

Llega la primavera. Vivi y Elna han cumplido diecisiete años, y este verano van a encontrarse, con guerra o sin ella. Los tiempos de incertidumbre parece que van a continuar, la impaciencia se acentúa. La cuestión es sólo cómo podrán hacerlo. Ninguna de las dos tiene algo a lo que pueda llamarse vacaciones. (Vivi se arriesga incluso a ser despedida si se pone enferma un solo día, según le ha escrito a su amiga de Sandviken en una airada carta, después de unas anginas que han hecho sus días laborables el doble de dolorosos.) El camino entre Sandviken y Landskrona es largo. Pero sin duda podrán ahorrar unas pocas coronas, pueden alquilar bicicletas, y siempre hay alguien que tiene un viejo saco de dormir...

Una casualidad las ayuda. Ocurre un día de principios de mayo de 1941, cuando el invierno ha empezado a retirarse por fin dejando paso a una primavera que calienta con titubeos a las personas heladas de frío. Un día en el que, a pesar de todo, parece que es posible volver a creer en el verdor y en los pájaros estivales, sucede el acontecimiento inaudito. Rune sube la escalera con paso pesado, abre la puerta y dice que han llegado noticias de su hermano, el que vive en Skallskog, al sur del lago Siljan. El hermano dice que si los hijos de Rune tienen ganas de ir a verlo y a ayudar con la siega, son bienvenidos.

—Ése nunca ha sido muy familiar —dice irritado—. Pero ahora parece que es importante. La guerra une. Sí, claro, pero es un tacaño de mierda, así que me parece que está buscando ayuda barata. Quizás han llamado a filas a los braceros, así que se encuentra ante la terrible posibilidad de tener que sujetar él la horca del heno.

Nunca se ha hablado mucho del tío, el próspero granjero de Skallskog. Elna sospecha que el velado motivo es la turbia envidia al

tío que tiene propiedades, al que siempre se han referido como Pelle «el Gallinas». Con apelativos cariñosos y malintencionados siempre se logra quitar importancia a parientes demasiado distinguidos o a prósperos nuevos ricos...

–Ni hablar de que viajen todos –decide Rune con contundencia, y no soporta que le contradigan–. Pero tú, Elna, tal vez quieras ir. ¡Además, al viejo le fastidiará que vaya una chica en vez de un par de mozos llenos de energía!

Claro que quiere. Y Rune no ve ningún inconveniente en que Vivi la acompañe. Más bien todo lo contrario.

–Seguro que no cuenta con que le lleguen dos chicas flacas –dice riendo satisfecho ante la posibilidad de poder fastidiar a su impúdico y adinerado pariente.

Elna mira a su madre. Está sentada en silencio, aunque parece que también quisiera viajar. Pero ¿quién le pregunta? ¿Acaso alguien se imagina que también ella puede albergar el deseo de alejarse de todo durante unas semanas?

Elna ha aprendido que no basta con tener fe y esperanza. Al contrario, se obliga a considerar con gran escepticismo todo lo que le gustaría llevar a cabo. Ahora hace lo mismo. Pero, aunque resulte raro, en este caso todo se arregla. En una carta que hierve de alegría incontenida, Vivi escribe y cuenta que el odioso director del Stadshotellet en el que trabaja, en un momento de remordimiento después de una tremenda borrachera, le ha concedido por carta dos semanas libres. Sin retribución, como es natural, pero, de todos modos, Vivi no había contado con eso. Piensa con agradecimiento en los dos viajantes de comercio que han emborrachado al director del hotel hasta tal punto que le concede el permiso. Y Elna tampoco tiene que dejar de trabajar en casa del ingeniero Ask, quien le expide con indulgencia vacaciones no retribuidas por el periodo solicitado, pues de todos modos durante algunas semanas estivales la familia acudirá al archipiélago de Estocolmo a bañarse con lo mejorcito de la sociedad.

Y así un día, una tarde poco después del solsticio de verano de 1941, Elna está en el andén de Borlänge esperando a que entre resoplando en la estación el tren que va hacia el norte. Ahí, en algún vagón, estará Vivi, con la bicicleta facturada en un vagón de mercancías, haciendo señales con un pañuelo rojo desde una ventanilla. Han mantenido correspondencia durante tres años, Elna ha contado más de cien cartas, y ahora por fin van a encontrarse, van a ir en tren hasta Älvdalen,

subir en bicicleta hacia la lejana frontera noruega, la sierra, y luego, poco a poco, van a buscar de nuevo el camino hacia el sur, en dirección al lago Ejen, para ir a Skallskog a ayudar en la recolección del heno a Pelle el Gallinas. La eternidad, por fin, es perceptible. Catorce días en los que cada mañana descubrirán de nuevo la libertad.

Elna es guapa, está de pie en el andén con la maleta entre las piernas. Lleva una cinta blanca en la cabeza sujetándole su pelo oscuro y rebelde, calcetines blancos, vestido amarillo, sandalias. Tiene diecisiete años y respira con vehemencia, como si la visión de lo que se le ofrece a los ojos la dejara sin aliento. Pero, como es natural, ella también está nerviosa. Se imagina que Vivi, que viene del extremo sur del país, será mucho más bonita y mucho más fuerte que ella, que ha nacido con toda modestia en una población insignificante, un montón de casuchas alrededor de una fábrica, donde ni siquiera se ve el mar por más que te subas a la torre de la iglesia.

Espera inquieta e ilusionada, con la contradicción precisa que exige la situación. (Pero si hubiera sabido que, como resultado de este viaje, iba a tener una hija que en un futuro lejano se pasearía y sería infeliz precisamente en esta ciudad, sin duda habría dado media vuelta y se habría alejado corriendo por las polvorientas carreteras hasta verse de nuevo en su casa de Sandviken. Pero la vida no es así. Es probable que la casualidad pueda guiarse, dominarse, pero nunca prepararse, calcularse. El futuro sólo se muestra como la fastidiosa punta de una nariz que sobresale tras el telón...)

Ahí está Vivi. Primero los silbidos y quejidos de la humeante y chirriante locomotora, luego de repente un pañuelo rojo que centellea al pasar desde la ventanilla de un compartimento de tercera clase, apenas visible entre las chispas y el vapor. Y en medio de todo eso resuena el estridente grito en un dialecto raro.

—Debes de ser tú, ¡Elna!

Es Vivi, Vivi Karlsson. Hija de un obrero de los astilleros de Landskrona. Éste es su aspecto: pelo casi tan blanco como la tiza, innumerables pecas, nariz respingona, un diente ennegrecido en la mandíbula superior a causa de una caída en la escalera del retrete. Baja, muy delgada. Y directa.

Elna sube al tren y se deja caer sobre el banco de madera enfrente de Vivi, suelta la maleta y el saco de dormir en el suelo. Se miran la una a la otra sin hablar hasta que el tren arranca bruscamente.

Están viajando, por fin se han encontrado.

Libros de Henning Mankell en Tusquets Editores

SERIE WALLANDER (por orden cronológico)

Asesinos sin rostro (Andanzas 431 y Maxi Serie Wallander 1)
Los perros de Riga (Andanzas 493 y Maxi Serie Wallander 2)
La leona blanca (Andanzas 507 y Maxi Serie Wallander 3)
El hombre sonriente (Andanzas 523 y Maxi Serie Wallander 4)
La falsa pista (Andanzas 456 y Maxi Serie Wallander 5)
La quinta mujer (Andanzas 408 y Maxi Serie Wallander 6)
Pisando los talones (Andanzas 537 y Maxi Serie Wallander 7)
Cortafuegos (Andanzas 556 y Maxi Serie Wallander 8)
La pirámide (Andanzas 572 y Maxi Serie Wallander 9)
El hombre inquieto (Andanzas 702 y Maxi Serie Wallander 10)

*

El retorno del profesor de baile (Andanzas 586 y Maxi 004/1)

*

SERIE LINDA WALLANDER

Antes de que hiele (Andanzas 598 y Maxi 004/2)

* *

El cerebro de Kennedy (Andanzas 614 y Fábula 293)

Profundidades (Andanzas 631 y Fábula 288)

Zapatos italianos (Andanzas 643 y Fábula 290)

El chino (Andanzas 674 y Maxi 004/3)

Daisy Sisters (Andanzas 764)

*

SERIE AFRICANA

Comedia infantil (Andanzas 475)

El hijo del viento (Andanzas 687 y Maxi 004/4)

El ojo del leopardo (Andanzas 717 y Maxi 004/5)

Tea-Bag (Andanzas 737)

ENSAYO

Moriré, pero mi memoria sobrevivirá